







La Fea Burguesia
— EDICIONES —

AMELIA CASTILLA

LA MAR DE PACO



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2022

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un olivo
(*Olea europaea*) en el paraje de el Horno en Cieza (Murcia)



“La Mar de Paco”
© Amelia Castilla, 2022
© La Fea Burguesía Ediciones, 2022
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.
www.lafeaburguesia.es

Ilustraciones de cubierta: Ángel Mateo Charris
Maquetación: Gloria López Corbalán

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978 84 125262 5 7
Depósito legal: MU xxxx-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

ÍNDICE

1	Cartagena. Ciudad acogedora	11
2	¿Ha cantado ya el niño?	19
3	Un asiático con música en vivo	33
4	Cabezas de cordero y mantillas	53
5	Que empiece la fiesta	59
6	La nueva inteligencia	69
7	El sueño de un teatro municipal	79
8	Una ciudad en guerra	89
9	Tres mosqueteros	97
10	La joya de la corona	109
11	Un disgusto matrimonial	129
12	Una Kora en Bamako	137
13	El lugar de la crítica	145
14	Fotografía sin militares	157
15	Un conflicto diplomático	165
16	¡Exquisito! ¡Horroroso!	173
17	La madurez y el amor	187
18	Preparando el relevo	197
19	La enfermedad imaginaria	203
20	Acoso y derribo	209
21	La vuelta con honores	217

A Pablo y a Pepe

CARTAGENA CIUDAD ACOGEDORA

En la entrada a la ciudad por la carretera de Alicante, un cartel renegrido anunciaba la bienvenida: «Cartagena ciudad acogedora». Una inquietante bruma, entre chimeneas vomitando humo, envolvía el camino. Ese ambiente telúrico, especialmente para las personas con sensibilidad olfativa, le robaba color al intenso cielo Mediterráneo. La fábrica de Potasas y Derivados, dedicada a la fabricación de fosfatos de cal o ácido sulfúrico, contaminó el paisaje y al paisanaje hasta que se cerró en 2001, pero entonces solo divisábamos la niebla.

Aterricé en ese *acogedor* escenario cuando aún no había cumplido los 18. Viajaba en el Renault 12 de mi padre, que ya ejercía como director de la prisión de San Antón en la que se mezclaban los presos políticos con los comunes. Vivíamos en el recinto carcelario, separados por una de esas puertas metálicas y un pasillo de seguridad que rodeaba todo el recinto penitenciario, vigilado por la Guardia Civil. Tenía por delante todo el verano y el otoño antes de incorporarme a la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, donde comenzaría una vida independiente de la disciplina familiar. Los

universitarios estrenamos en ese trimestre lo que popularmente se conoció jocosamente como *calendario juliano*, una idea efímera del recién nombrado Ministro de Educación, Julio Rodríguez, que igualaba el curso académico con el año natural. Apenas dos semanas antes del arranque del curso, un frío 20 de diciembre de 1973, ETA atentó contra Carrero Blanco y unos meses antes, el grupo *Mocedades* quedó segundo en el festival de Eurovisión con *Eres tú*.

Acostumbrada a los traslados frecuentes por la profesión de mi progenitor, ignoraba que había llegado al *Cul-de-sac* de mi vida, pero faltaban cuatro décadas para descubrirlo. Entre tanto, paseaba en bicicleta, leía a Vargas Llosa y a García Márquez y estrenaba nuevos amigos. La primera excusión familiar nos llevó a La Manga que comenzaba su imparable desarrollo urbanístico, pero todavía se distinguía en todo su esplendor ese brazo de tierra de 21 kilómetros en cuyos márgenes crecían esparto, cardos y plantas bulbosas.

Cartagena, sede del Almirantazgo del Mediterráneo, respiraba en esos días un ambiente militar, con sus marineros y reclutas cumpliendo la mili, moviéndose agitados en todas las direcciones. Un rutinario paseo por las calles del centro, además de uniformes azul marino y soldados de la VI Flota de EEUU de maniobras, transmitía una sensación de dejadez. ¿Dónde se encontraban las ruinas de Cartago? Tanta historia milenaria alrededor de la ciudad, fundada por los cartagineses en el siglo III a. d C. y construida alrededor de cinco colinas y casi todo permanecía enterrado. Las fachadas modernistas languidecían, entre el as-

falto de algunas calles crecía la hierba, las tiendas cerraban y los vecinos se mudaban del centro histórico a lo que se conoció como el ensanche, donde se levantaban barrios nuevos para la burguesía. Entonces moverse hasta los colegios religiosos de las Adoratrices o las Carmelitas, ubicados en el corazón de la ciudad actual, parecía como embarcarse al fin del mundo.

La fotografía urbana se completaba con un muro que ocupaba prácticamente todo el Paseo del Puerto, tapando la vista del mar. En ese espacio, en el que hoy lucen engalanados el Club de Regatas, el Auditorio de El Batel y el flamante Museo Nacional de Arqueología Subacuática (ARQUA), donde se custodia el tesoro del Odissey —y sus monedas de oro y plata—, se levantaban en 1973 las tradicionales barracas con las instalaciones desgastadas del tren de la bruja, los coches de choque eléctricos con la música de Fórmula V o Nino Bravo a toda pastilla y sus puestos de algodón de azúcar. En los alrededores, entre la escasa iluminación y el desorden de las casetas de tiro o las tómbolas, se ejercía la prostitución.

En pleno casco histórico, donde medio siglo después se excavaría el maravilloso Teatro Romano del siglo I a. d. C., al lado mismo de la Cuesta de la Baronesa, nació en 1956 Paco Martín Peñas, un niño bajito y miope que soñaba con una ciudad nueva. Al lado de su casa familiar, se rodó *Navy Seals*, protagonizada por Charlie Sheen, cuya acción transcurría en el Beirut bombardeado, en un escenario que apenas necesitaba decorados.

Niño prodigio, músico y maestro de formación, dirigió en sus más de treinta años de actividad

desde su puesto de funcionario municipal *La Mar de Músicas* y el *Cartagena Festival Jazz*. La programación cultural, al margen de los festivales, se mantenía bajo su batuta con intensidad durante todo el año. Como programador dominaba todos los registros. ¿Cómo se mide el poso que deja un concierto de Gino Paoli? ¿Y otro de Rubén Blades? ¿Qué aporta una charla con el escritor Roberto Bolaño? ¿Qué queda en el recuerdo de los cerca del millón y medio de personas que han asistido, en el último cuarto de siglo, a las actividades que dirigió y en las participaron más de cuatro mil músicos?

Hubo un tiempo, gracias a Paco, en el que pasear por sus milenarias calles, antaño sofocantes y desiertas en pleno verano, deparaba sorpresas de gran calibre para mitómanos, como el hecho de cruzarse en el puerto con el cantante francés Benjamín Biolay y su novia de entonces Chiara Mastroianni. ¡Que pareja tan atractiva! Fue el año de Francia como país invitado de *La Mar de Músicas*. O cenar con Patty Smith, sentada en la mesa de al lado del restaurante La Marquesita, antes del concierto. La cantante contó divertida que entró en una librería y, al ver uno de sus libros en la mesa de novedades, empezó a firmarlos, ante la cara atónita de la dueña que ignoraba quién sería esa señora de melena descuidada y poblado bigote. Corría el mes de julio de 2010 y el festival, que devolvió a la ciudad su lugar en el mundo, se encontraba en ebullición.

Un cóctel de conocimiento, imaginación, tiempo, audacia, paciencia, trabajo, suerte y dinero (público más patrocinadores) lo hicieron posible. Por hacer un balance, solo *La Mar* recuperó a base

de una programación de coherencia constante la tradición de las músicas de ida y vuelta. Paco oficializó la fusión de sonidos invitando a los artistas de ambos lados del Atlántico y del Mediterráneo a compartir escenarios. Construyó un puente artístico entre África, América Latina y Cartagena. En el siglo XVII, los marineros viajaban en las flotas que partían a Indias, acompañados de su guitarra y sus canciones para la nostalgia, pero los intérpretes ya no precisan galeones para cruzar continentes. En el siglo XXI, con o sin pandemia, en apenas diez horas de vuelo se organiza un desembarco completo de músicos. La ciudad milenaria ejerció durante un cuarto de siglo como puerta de entrada en Europa de los sonidos de raíz. Y sus notas sonaban en la BBC como la gran aventura de lo que se denominó la *World Music*. El periódico francés *Libération* le dedicó un cuadernillo a esos sonidos poniendo a Cartagena en el mapa y lo mismo con las revistas musicales del momento. Al nivel nacional, *La Mar* cerraba los telediarios, ocupaba informativos, los conciertos se retransmitían en directo en Radio 3 y ocupaban las páginas de Cultura de los principales diarios.

Internacionalizar la ciudad requería también un plan de comunicación y Paco sabía cómo conseguirlo. Excelente lector de periódicos y revistas, le gustaba ver, como a muchos de los miembros de esa generación, que su trabajo se recogía en los medios. Concejales, alcaldes y consejeros, así como directores de editoriales, discográficas, productoras o museos sueñan con ver reflejadas sus exposiciones o conciertos a buen recaudo en los informativos. Esa pátina de saber hacer o de

producto vendido proporciona caché. Paco conocía de memoria las firmas de todas las secciones de Cultura de los medios locales y nacionales y sabía lo que ofrecer a cada reportero. Tuve el privilegio de ser una de las elegidas. Este libro, un puzzle armado a base de entrevistas y recuerdos, se lee como una biografía y la historia de unos años en los que Cartagena recuperó su lugar privilegiado en el mapa de los festivales.

Como periodista puedo decir con conocimiento de causa que nunca te vendía motos. Los plumillas desarrollamos un olfato especial para distinguir las noticias de los compromisos, por eso valoramos tanto las fuentes. Nosotros (Paco y yo) ya nos conocíamos y éramos amigos antes de que empezara todo el circo, pero la relación, supongo que, sin menoscabo de cariño, se agrandó por el hecho de que necesitaba las páginas de *El País* —el periódico donde yo trabajaba y cuyo peso cultural entonces era indiscutible—, para ganar visibilidad y prestigio. Tuvimos muchas aventuras juntos y en países exóticos como Malí o Perú de las que ya hablaré, pero recuerdo un encuentro de los primeros al nivel profesional. Paco se presentó con su mano derecha José Luis Cegarra, en las oficinas de Miguel Yuste, donde está ubicada la redacción de Madrid, para facilitarnos un adelanto de la programación del festival y conocer al equipo que integraba la sección de Cultura. Entonces se podía fumar y beber cerveza en el bar y el periódico todavía contaba con rotativa propia. Ser testigo del arranque de la impresión del papel del día siguiente formaba parte de un rito que ya ha desaparecido puesto que los medios nacionales se editan todos en la

misma imprenta. Nos emborrachamos con el olor a tinta, el ruido de la rotativa que vomitaba periódicos y los compañeros del taller, ataviados con sus monos azules, chequeando con urgencia que no hubiera fallos en las noticias impresas en página. Cuando salimos los tres de vuelta a la calle mi coche se encontraba literalmente cubierto por la nieve, en el aparcamiento al aire libre que el periódico poseía frente a sus instalaciones. Sin pala, pero armados con periódicos, retiramos la enorme capa blanca que lo cubría y pudimos salir antes que aquello se convirtiera en una pista de hielo. Creo que ninguno olvidamos aquella inesperada jornada de quitanieves, en medio de la oscuridad, en lo que entonces era un desolado suburbio del madrileño barrio de San Blas, sin una parada cercana de Metro y rodeados de fábricas o solares vacíos, donde solo se oía el chirriar de las ruedas de los coches robados por delincuentes juveniles de la zona.

¿HA CANTADO YA EL NIÑO?

• **L**o descubrieron las monjas! Antonia Peñas, la madre de Paco Martín, lo tiene claro. Está sorda, pero se entera de lo que quiere, un poco como su hijo en los últimos tiempos. Sentada en una silla de plástico blanco, de esas que decoran buena parte de la costa mediterránea, luce una batista suelta y floreada, como las que han adornado a toda una generación de amas de casa. Interviene a ráfagas en la conversación, pero cuando se lanza dispara certera. «Fueron las monjas las primeras en presentarlo a un concurso de canto», repite insistente en el adosado familiar de Los Urrutias, en la costa del Mar Menor, donde la familia ha pasado los veranos en los últimos cincuenta años.

En el colegio San Miguel de Cartagena donde inició sus estudios de parvulito en el arranque de los años sesenta del siglo pasado, las religiosas creyeron ver en aquel niño, bajito y avisgado, un pequeño artista. Se notaba a la legua que le gustaba la música, que vibraba con ella. En la Cartagena de entonces las religiosas gozaban de gran influencia, sus opiniones iban a misa y su peso se hacía notar. Paquito cantaba bien, carecía de vergüenza y poseía repertorio. Apenas levantaba un palmo del suelo pero al renacuajo de cuatro